

### ESCOBEDO EN MONTERREY.

[1865].

Departía amigablemente el Gral. Escobedo con algunos oficiales de su Estado Mayor en el llano de la Marcelina. La tropa descansaba plácidamente á la sombra de los árboles y la caballada esparcida á la redonda tomaba su pienso de zacate y pasto.

El patriota General se había visto obligado á levantar el sitio de Matamoros por la escasez de parque, circunstancia que lamentaba profundamente, convencido como estaba de que la plaza no podría resistir por muchos días.

Pero no era él quien se desconcertara por las contingencias de la guerra, al contrario, parece que éstas le azuzaban la inventiva y le multiplicaban las energías. Precisamente exponía ante sus compañeros de armas algunos planes atrevidos para las próximas maniobras y expresaba su

confianza en la derrota inevitable y final del enemigo.

En esto estaba cuando alguien le llamó la atención hacia un grupo de ginetes que sin el menor titubeo se aproximaba al campamento.

Deben ser de los nuestros, dijo, y esperó tranquilamente sin levantarse del tronco que le servía de asiento.

—¡Pancho!—dijo el General luego que se acercó el oficial que encabezaba el grupo—¿qué vientos te traen por acá?

—Traigo para mi General una cartita del Coronel Treviño. ¡Buenas tardes, señores!

—Buenas tardes.

¿Por dónde anda el Coronel? preguntó Escobedo.

—Lo dejé cerca de Cadereita.

Una vez que el General hubo recorrido con la vista el pliego dijo en alta voz:

—Oigan ustedes, señores: “Una columna de franceses ha salido de Monterrey, sin que pueda yo precisar á donde se dirige. La ciudad queda guarnecida por mil traidores. Tal vez sea oportuno emprender un ataque. Ud. determine lo que crea conveniente. Vuestro adicto Coronel—Treviño.”

—No hay tiempo que perder, señores; esto modifica en algo nuestros planes, pe-

ro no importa, el caso del momento reclama nuestra atención. Formaremos dos columnas, una al mando del Coronel Naranjo y otra bajo la dirección del Coronel Cortina, con la primera y mi Estado Mayor marchó á unirme á las fuerzas de Treviño, y la segunda que se quede en observación del enemigo.

Combinado el plan, Escobedo apareció muy pronto en el pueblo de Guadalupe, á unos cuantos kilómetros de la ciudad, en actitud resueltamente amenazadora.

\* \* \*

Los imperialistas tenían sus trincheras en estado satisfactorio, buen armamento y abundancia de municiones. Así que no se inquietaron por su suerte y esperaron serenos la embestida. Tinajero y Quiroga, que mandaban la fuerza, se pavoneaban airosamente por las calles y apenas si se preocupaban por la proximidad de los republicanos.

El Gral. Escobedo estaba ansioso por entrar en acción, pero tenía todas las desventajas de su parte; sus soldados, reclutas en su mayoría, mal vestidos y peor alimentados, carecían de otros elementos indispensables para la hora suprema: buenas armas y suficiente dotación de parque.

¡Oh Santo amor de la patria! ¡Sólo por ese sentimiento se pueden explicar tantas proezas increíbles en nuestra guerra de cinco años! La formación, el desarrollo y sostenimiento del bizarro Ejército del Norte, son hechos novelescos, casi inverosímiles.

Al emprender la campaña con el formidable ejército de una docena de hombres, Escobedo se dió el mando de capitán y los Coroneles Naranjo y Treviño descendieron á sargentos. En estas condiciones recorrieron la frontera, sublevaron pueblos, se hicieron de armas y acosaron al adversario hasta cansarlo.

Para narrar las penalidades, lo mismo que los triunfos, se necesitaría un émulo aventajado de Riva Palacio que, en su *Calvario y Tabor*, hizo la grandiosa apoteosis del Ejército de Occidente.

El dinero entre los republicanos fronterizos era casi desconocido, muy feliz era el que con los reales, medios y tlacos podía llevar consigo la suma de un peso; una quincena de haber después de tres ó cuatro meses de lucha y privaciones era el acontecimiento más inesperado y grandioso del día, que se celebraba con ruidosos festejos; el alimento se reducía á tortillas y frijoles y era de verse la completa igual-

dad entre oficiales y soldados; los vestidos, si vestidos podían llamarse los harapos, daban á las tropas un aspecto de miseria incomparable; los oficiales, que carecían de insignias, tan-sólo se distinguían por la voz de mando; acampaban á la intemperie y después de un aguacero, en sus propios cuerpos se secaban las ropas; con una caja de parque se creían en el deber ineludible de librar una batalla.

Estos fueron los bravos, los invencibles los heroicos, los que un día—ayudados, por sus hermanos de distintas partes de la República—acabaron con el Imperio y sus corifeos en el histórico cerro de las Campanas.

Algunas veces, como es natural suponerlo, los ánimos republicanos decaían, no por civismo, que fué lo que menos faltó, sino por hambre y carencia de armamento; pero Escobedo, que para todo tenía ingenio, improvisaba peroratas tan ingenuas, tan expresivas, tan dulcemente conmovedoras y tan desbordantes de patriotismo, que los soldados lloraban de emoción, se rendían á la elocuencia de su jefe y terminaban por vitorearlo y bendecir el nombre impoluto de la patria.

Este recurso llegó á ser tan constante y necesario para fortalecer el ánimo de los

bisoños, que una vez, que el desaliento era perceptible en algunos, un soldado se acercó á Escobedo y cuadrándose le dijo con todo respeto: “Mi General, ¿qué ahora nos dice usted nada?”

Otra ocasión se habían agotado los víveres totalmente y algunos pedían permiso para encaminarse á sus casas y obtener provisiones; pero tal concesión era imposible por las apremiantes necesidades de la campaña; el Gral. Escobedo apeló á su elocuencia acostumbrada. Al terminar su discurso, un soldado dijo á sus camaradas, entre chancista y jubiloso: “No hay cuidado, amigos, ya tenemos ración para tres días.”

Para tener un dato más de la miserable condición del glorioso ejército diremos que cierto día que éste acampaba en un rancho de Coahuila, se distinguió de pronto una polvareda y el brillo de las armas, á menos de media legua.

Aquello es tropa, no cabe duda, murmuró un oficial. Escobedo ordenó que se practicara un reconocimiento. A los cuantos minutos la tropa presentaba batalla al enemigo que avanzaba con tanta osadía.

No había tal; era una pequeña fuerza republicana que se incorporaba al denodado Ejército del Norte. Lo que había sucedido fué que se le confundió con el enemigo,

porque todo su personal ¡cosa inaudita! había estrenado blusa y pantalón de manga ordinaria.

Y es hasta ocioso decir que este suceso extraordinario, lejos de provocar envidias, fué objeto de sinceras felicitaciones y general regocijo.

\* \*

El ataque fue terrible y dirigido con sobra de habilidad. Los valientes rifleros de Naranjo asaltaron el fuerte "Carlota" y se precipitaron sobre la plaza; la fuerza de Ruperto Martínez le apoyaba eficazmente en todos sus movimientos.

La columna del Coronel Garza Leal atacaba con buen éxito el fortín del "Pueblo" y hacia la derecha el Coronel Treviño desalojaba al enemigo.

El Gral. Escobedo batía el centro con gran arrojo y al replegarse los imperialistas, á pesar de su precipitación, fueron alcanzados por la caballería del Gral. Sóstenes Rocha que los acuchilló y desbandó, tomándoles ochenta prisioneros.

En menos de dos horas el enemigo estaba vencido y Escobedo era dueño de la ciudad, pero cual sería su sorpresa al notar que caían bombas en la plaza en donde él

estaba con su Estado Mayor. Lo que había sucedido era sencillamente pasmoso: una columna francesa procedente de Saltillo, sabedora del asalto, entró en la ciudad con tal cautela que no fué sentida, y en un momento dado Escobedo fué cortado del grueso de su ejército. Imposible le hubiera sido salvarse á no ser por la iniciativa personal de Rocha y Treviño que, sin medir lo escabroso de la empresa, cargaron con todas sus fuerzas hasta arrollar á los franceses.

En el término de dos horas Escobedo era otra vez dueño de la plaza y los franceses se replegaban en desorden al cerro del "Obispado," perseguidos muy de cerca por sus intrépidos vencedores.

Al otro día se tuvieron noticias ciertas de que Jeanningros con 800 franceses se acercaba en auxilio de Monterrey, y no hubo otra disyuntiva que emprender la retirada, pero ésta no debía hacerse sin causar el mayor número posible de estragos.

Cuando el refuerzo enemigo estuvo á la vista, Escobedo tomó el rumbo del cerro de la Silla con una parte de sus fuerzas, en tanto que la otra, al mando de Rocha, salió lentamente por el camino real. Jeanningros advertido del doble movimiento también dividió su tropa y emprendió la persecución al trote de sus caballos.

—¡El Gral. Escobedo ha caído prisionero! gritó desaforadamente un sargento.

—¡No! contestó un soldado, yo le he visto escapar por aquella ladera. El Coronel Treviño también escapó por aquel otro lado. Vamos á buscarlos, deben estar á la vuelta del cerro.

El sargento y una veintena de soldados emprendieron la marcha entre los matorrales y á poco andar dieron con sus jefes que reorganizaban á los dispersos.

El suceso, que tenía su novedad y hasta cierto saborcillo de novela, lo refería así el Gral. Escobedo á sus camaradas cuando todos estuvieron reunidos en Cadereita: Preparamos una emboscada con los pobres reclutas en número de cien, Treviño y yo provocamos á los franceses atrayéndolos sin dificultad al sitio, pero cuando estuvieron á la mano, los reclutas se espantaron y no salieron á disparar; sólo tres lo hicieron y mataron á un francés. Cuando yo me dí cuenta tenía al enemigo encima armando una algazara que me aturdía. Un ginete se me colocó al lado á toda carrera y cuando levantó el sable para partirme la cabeza, quebré mi caballo instintivamente, y el francés, al impulso de su brazo que

dejó caer brutalmente, cayó al suelo dando una voltereta espantosa. Yo creo que ese desalmado se rompió media docena de costillas, cuando menos.

Todos rieron estrepitosamente de la ocurrencia.

El asalto de Monterrey, por más que las hojas imperialistas le concedieron escasísima importancia, fué de inmenso valor para las armas republicanas, y lo cierto es que por aquellos días nadie se atrevió á salir en persecución del incansable y ameritado Gral. Escobedo.



**¡AQUI, TRAIADORES!**

(21 de Octubre de 1865.)

La presencia de un considerable número de oficiales y soldados daba á las calles de la ciudad de Uruapan un aspecto de inusitado movimiento.

Los mesones y fondas estaban materialmente atestados y era de verse el ir y venir de las soldaderas que se abrían paso por todas partes en busca de provisiones. La mayor parte de la población de Uruapan, adicta al Imperio, se manifestaba gozosa en alto grado por la llegada de las fuerzas del Coronel Ramón Méndez y por el sonado triunfo que, hacía una semana, éstas habían obtenido sobre los juaristas. Los pocos liberales no dejaban de inquietarse por su suerte y, particularmente, por ciertas especies que en público se vertían acerca de las manifiestas intenciones del jefe reaccionario respecto de los prisioneros de guerra.

Habían sonado las nueve de la noche. Era el 20 de Octubre de 1865. Dos personajes disfrazados con sombreros de palma

y sarapes platicaban bajo un corpulento fresno de la plaza, aparentemente distraídos, pero que observados más de cerca se podía notar que estaban en acecho de alguien.

Pasados unos minutos se echaron á andar detrás de un tercer personaje, igualmente disfrazado, á quien reconocieron por una ligera indicación de éste. Los tres llegaron á una casa de pobre aspecto, en las orillas de la población, y al anunciarse con un toque se les franqueó la entrada al instante.

Dentro del aposento otro individuo los esperaba con notoria impaciencia, quien, después de estrechar las manos de sus amigos, preguntó:

—Vamos, señor licenciado, qué nuevas nos trae usted?

—Malas, señores, respondió el licenciado (uno de los recién llegados); la situación no tiene remedio. Acabo de hablar con el Coronel Villagómez y me dice que el Coronel Méndez en persona ha comunicado á los prisioneros que mañana en la madrugada serán pasados por las armas.

—Pero ¿será posible la perpetración de semejante iniquidad? ¿No podremos hacer algo nosotros?

—Nada absolutamente. Intentar liber-

tarlos es un imposible; los tienen bien vigilados. Se han ensayado muchos medios, pero sin resultado. Los amigos de los Generales Arteaga y Salazar se han movido mucho, han escrito á México, han acudido á las mejores influencias, y todo en vano. Méndez permanece inflexible, alegando que obedece órdenes estrictas de Maximiliano y del Ministerio de Guerra.

—¡Oh! esa maldita ley del día 3 es una barbaridad.

—Sí, y muy grande; estos valientes serán las primeras víctimas, y quien sabe las que sigan. Por mi parte creo que el malhadado Imperio va de capa caída, pues de otra suerte no se encuentra explicación de tanta infamia.

—De eso no cabe duda, repuso otro de los individuos, pero por lo pronto, creo como el licenciado, no tenemos otro recurso que esperar.

El lector se habrá enterado de que este pequeño grupo de liberales, á riesgo de ser descubierto y juzgado conforme á la terrible ley del día 3, intentaba hacer algo en favor de los prisioneros, pero medidos los peligros, y más que todo, la imposibilidad de realizar algo práctico, se resignó á soportar en silencio la fatalidad de las circunstancias.

El Gral. José María Arteaga, seguido por los intrépidos Salazar, Díaz Paracho y otros —igualmente patriotas— había hecho la guerra al Imperio en una larga extensión del Estado de Michoacán. Esta región de la República fué el teatro de sus magníficas proezas, y á pesar del reducido número de sus tropas siempre se le vió amenazando al enemigo y causándole estragos de alguna consideración. Cuando se veía derrotado y perseguido por fuertes columnas, se refugiaba en los montes, donde permanecía algunos días, y en la mejor oportunidad volvía á la carga con tanto ardor y tan desusada intrepidez, que llegó á ser como Escobedo, Naranjo, Rivera, Régules y Puebla: la constante pesadilla de franceses é imperialistas.

Cierto día tomaba á sorbos una taza de chocolate, en uno de tantos pueblos de Michoacán, cuando se le presentó un ayudante y le dió la noticia de que el enemigo entraba por una calle de la población. Sin contrariarse y llevando en una mano la taza y en la otra la pieza de pan, ordenó que se abocase un cañón de los que estaban listos para partir, y cuando el adversario estuvo á tiro mandó hacer fuego. El enemigo se detuvo para organizar la embestida, pero cuando llegó á la plaza, el Gral. Ar-

teaga ya había salido con su tropa por el rumbo opuesto. El jefe francés que había atacado no encontró en la fonda más que los asientos del desayuno de su rival.

Esa confianza desmedida y ese arrojo temerario fueron probable y desgraciadamente las principales causas que lo perdieron.

El imperialista Ramón Méndez, conociendo la valía del jefe republicano y la funesta importancia de sus ataques, donde quiera que se presentaba, le preparó una sorpresa, tan completa y ejecutada con tal acucia y sigilo, que resultó imposible todo intento de retirada.

La sorpresa se llevó á cabo en Santa Ana Amcatlán el 13 de Octubre de 1865, por una partida de cien hombres al mando del teniente Amado Rangel, que se había deslizado por el centro de una cañada.

Méndez, entre tanto, llamaba astutamente la atención por el rumbo de Tancítaro.

Las tropas federales descansaban tranquilas, sabiendo que Solano por un lado y Tapia por otro observaban los menores movimientos del enemigo. Más tarde se aseguró, con algunos visos de verdad, que estos dos oficiales fueron comprados por los imperialistas en tres mil pesos.

A las once y media de la mañana se oyó

repentinamente en el campo republicano el grito de *viva el Imperio!* y el estallido de algunos disparos, que, naturalmente, produjeron el desconcierto en la fuerza desprevenida.

Al Gral. Arteaga se le conducía prisionero entre los primeros que cayeron en poder del enemigo, en camisa y sin sombrero, lo que mortificó mucho á Rangel, quien ordenó inmediatamente á un soldado que fuera por las demás prendas de ropa.

Salazar y un grupo de valientes se sostuvieron tenazmente en una casa, hasta que llegó Rangel en persona á intimar la rendición. Este grupo se entregó prisionero con la promesa de que no se atentaría contra su vida, promesa que fué indignamente violada por el Coronel Méndez el día 21.

Parece que el teniente Rangel desde algunos meses antes tenía la intención de pasarse al bando republicano y aprovechó la ocasión para exponer francamente su propósito, pero Arteaga y Salazar no aceptaron la oferta, y ellos, por su parte, prefirieron correr la suerte que les deparaban las fatales circunstancias.

El Jefe imperialista no cabía en sí de gozo al ver el buen resultado de la sorpresa y al día siguiente emprendió su marcha triunfal hacia Uruapan conduciendo á los



prisioneros con un verdadero lujo de precauciones.

Al cabo de siete días, Ramón Méndez llegaba á Uruapan, y en la misma noche, una vez recibidos los impúdicos agasajos de frailes y paniaguados del Imperio, pasó en persona á comunicar á los prisioneros que á la mañana del día siguiente, 21 de Octubre, serían fusilados, aviso que fué recibido por todos con estoica serenidad.

Méndez se había apresurado á comunicar á Maximiliano su reciente victoria y le pedía instrucciones hipócritamente con respecto á los prisioneros. La orden no se hizo esperar: "sean—sin otra disyuntiva—juzgados de conformidad con el texto de la Ley del 3 del presente."

En el mismo despacho iba para el imperialista Ramón Méndez el nombramiento de General de Brigada.



Si entre el montón de vergonzosas reliquias que nos dejó el infeliz ensayo de Imperio, no hubiese otro documento para juzgarle que la *Ley del 3 de Octubre*, ésta sería lo bastante para condenarle, porque dicha ley no sólo fué irracional, sino degradante y oprobiosa en el más lato significado de los vocablos.

¿Qué decía? Que el Emperador, cansado ya de las medidas de benignidad, paciencia y conciliación, se veía en el trance de apelar al rigor. Por tanto, á los que fuesen sorprendidos en lo sucesivo con las armas en la mano, serían tomados por bandidos, y como bandidos ejecutados sin más trámites que los necesarios para la identificación. Y cosa inaudita, igual pena sería aplicada, dentro de las primeras 24 horas, á todos los que auxiliasen con dinero ó armas á los *foragidos* republicanos, á los que tuviesen comunicación con ellos, los ocultasen ó les vendiesen caballos y víveres. Más todavía, serían condenados á la última pena los que vertiesen especies falsas ó hiciesen demostraciones desagradables contra el beatífico Imperio. Las penas más suaves consistían en multas de 25, 200, 1000 y 2000 pesos, ¿para quiénes? para los PROPIETARIOS que no diesen aviso de la presencia ó proximidad de *gavillas* republicanas.

Concluía la ley, como coronamiento de salvajada tan insigne, con esta declaración: "Queda prohibido, en todo caso, dar curso á las solicitudes de indulto."

La Historia, cuyos fallos tienen que ser inexorables porque es justa, ha recogido en sus páginas ese documento y ha pronun-

ciado en su contra la sentencia que merece, para perenne escarmiento de los conculcadores de los pueblos libres.

Momentos después de haberse notificado á los prisioneros la terrible sentencia, Arteaga escribió á su querida madre la siguiente carta de despedida:

Uruapan, 20 de Octubre de 1865.—Señora Doña Apolonia Magallanes de Arteaga.—Mi adorada madre:—El 13 de Septiembre he sido hecho prisionero por las tropas imperialistas y mañana seré decapitado: ruego á usted, mamá, me perdone el largo tiempo que contra su voluntad he seguido la carrera de las armas. Por más que he procurado auxiliar á usted, no he tenido recursos para hacerlo, si no fué lo que en Abril le mandé; pero queda Dios que no dejará perecer á vd. y á mi hermanita la “yanquita” Trinidad. Porque no fuera á morir de dolor, no le había participado la muerte de mi hermano Luis, que acaeció en Tuxpan en los primeros días de Enero del año pasado. Mamá, no dejo otra cosa que mi nombre sin mancha, respecto á que nada de lo ajeno me he tomado, y tengo fe en que Dios me perdonará mis pecados y me recibirá en su gloria. Muero como cristiano y me despidó de vd., de Dolores y de toda la fami-

lia, como su más obediente hijo... Q. B. S. P.—José María Arteaga.”

El intrépido Salazar también escribió la siguiente carta, en que se ve la gran entereza del héroe:

“Uruapan, Octubre 26 de 1865—Idolatrada madre: Son las 7 de la noche y acabamos de ser sentenciados el General Arteaga, el Coronel Villagómez, otros tres jefes y yo. Mi conciencia está tranquila; bajo á la tumba á los treinta y tres años, sin que haya una sola mancha en mi carrera militar, ni el menor borrón en mi nombre. No llores, mamá, ten conformidad, pues el único delito de tu hijo consiste en haber defendido una causa sagrada: la Independencia de su patria. Por este motivo se me va á fusilar. No tengo dinero porque nada he podido ahorrar. Te dejo sin recursos, pero Dios es grande y te socorrerá lo mismo que á mis hijos, quienes con orgullo llevan mi nombre.....

Conduce, querida mamá, á mis hijos y hermanos por el sendero del honor, porque el patíbulo no puede manchar el nombre de los leales.

¡Adiós, madre querida! En la tumba recibiré tus bendiciones. Da un abrazo por mí á mi querido tío Luis, á Tecla, Lupe é Isabel; así como á mi tocayo, á Carme-

lita, Cholita y Manuelita; dales muchos besos y el adiós que les envió desde lo más profundo de mi alma; dejo á la primera mi reloj dorado, y á Manuel cuatro trajes. Muchas memorias á mis tíos, tías, primos y á todos los amigos fieles, y tú, madre mía, recibe el último adiós de tu afectísimo y obediente hijo que tanto te ama,— Carlos Salazar.”

\*\*\*

Los hermosos tintes de la aurora, precursores del regío y majestuoso orto, comenzaron á disipar las negras sombras, los gallos saludaban el alba con ertridentes clarinadas y los pájaros gorjeaban su canción matinal con infinita dulzura. Las bandas tocaron diana y los soldados, incorporándose, comenzaron la tarea de levantar el campo. A las voces de los oficiales se formó el cuadro y á la espalda del Parián se situó un grupo de tiradores con las armas al brazo.

A los pocos momentos llegaron los prisioneros conducidos por la escolta. Los heroicos, los buenos hijos de la patria, los valientes, los soldados de la libertad, iban á morir.

¿Qué importaba que pagaran con el patíbulo su *delito* de amar á la patria, si su

conciencia de ciudadanos estaba tranquila y su honor de militares patriotas á salvo de toda mancilla?

¡En aquella alborada espléndida, sus nombres convertidos en astros, formaban una nueva constelación en el hermoso cielo de México!

Los Generales José M. Arteaga y Carlos Salazar, los Coroneles Trinidad Villagómez y Jesús Díaz Paracho y el Comandante Juan González se estrecharon las manos como buenos camaradas y se encararon con noble serenidad ante el cuadro de sus verdugos.

El oficial que dirigía la ejecución gritó: ¡*preparen!*.....¡*punten!*.....y antes de decir ¡*fuego!*.....el Gral. Salazar, con la cabeza levantada y tocándose el corazón con la diestra, gritó con voz robusta, con esa voz que le era habitual para mandar: ¡AQUI, TRAIADORES!

FIN